

y de admiración, cayeron de rodillas.

—¡Oh amo!—dijeron—¡buen amo!

—Levantaos,—les dijo éste.—Durante ocho días no trabajaréis. Haced hermosos funerales á vuestros camaradas, gloriosamente muertos por el honor de nuestro dominio. Yo os prometo levantar un bello monumento sobre su tumba.

Los negros se levantaron, satisfechos de pertenecer á un hombre tan generoso. Hicieron hermosos funerales á sus muertos, cantaron cantos de victoria y bebieron ron; después, al cabo de ocho días, emprendieron de nuevo su penoso trabajo de esclavos.

En la plantación vecina las cosas ocurrieron con alguna diferencia. Habían sido vencidos.

El hacendado de las cañas de azúcar condujo á los sobrevivientes negros al campo de batalla.

—Mirad,—dijo señalándoles la faja de terreno que había tenido que abandonar, con las cañas, á su vecino vencedor,—mirad, se nos ha despojado. Os habéis portado como valientes, pero la fatalidad ha sido en contra nuestra.

—Buen amo,—declararon los negros,—nosotros vengar nuestros camaradas muertos un día.

—Sí, amigos míos; tomaremos nuestra revancha cuando el momento sea propicio. Entretanto, haced hermosos

funerales á vuestros hermanos y no olvidéis que su sangre clama venganza.

Y los negros sobrevivientes, extendiendo la mano sobre los cadáveres, juraron preparar la revancha. Hicieron hermosos funerales á sus muertos, entonaron cánticos feroces de venganza y bebieron ron para olvidar la derrota; después emprendieron de nuevo, también, su duro trabajo de esclavos.

Desde entonces los dos hacendados ya no tienen inquietudes. Cuando sus esclavos vienen á ser demasiado numerosos, cuando temen una rebelión de sus negros, ó cuando necesitan hacerse temer, se ponen de acuerdo, mientras juegan á las cartas, y con pretexto de la faja de terreno á defender ó á reconquistar, ó con pretexto de vengar los muertos, lanzan uno contra otro los dos rebaños de negros, que han acabado por calificarse mutuamente de enemigos y se matan sin piedad.

Esto siempre tiene éxito. Y siempre también, después de una batalla, los dos hacendados, saboreando una taza de excelente moka,—con el café del uno y el azúcar del otro,—se felicitan de haber hallado por fin el gran remedio.

MAGDALENA VERNET

Tribuna para los Trabajadores

Pensemos en esto

Aquello era un verdadero derroche. Sentados al rededor de una mesa elegantemente dispuesta en el Gran Hotel, veinte de los que llaman personajes y que yo llamo *privilegiados*, saboreaban los más exquisitos manjares. A la «Langosta» sucedía el «Filete» y á éste el «Pavo trufado», platos de excelencias mil, vedados al humilde y mal acostumbrado paladar del obrero que indirecta y hasta directamente con-

tribuye á que existan, para gusto de los Cresos ó *burgueses*, verdaderas sanguijuelas sociales, que no contentos con las primorosidades sibaríticas del arte culinario que les proporciona la explotación del trabajador, chupan la sangre débil de estos infelices, que no se contentan con las migajas que aquellos desprecian. El Borgoña y el Jerez eran sustituidos por el espumoso Champagne, el que suelta la lengua